

ALFAGUARA



Javier Marías

Mala índole

Cuentos aceptados y aceptables

Índice

<i>Nota previa a esta edición</i>	9
<i>Nota previa a Mientras ellas duermen</i>	13
<i>Nota previa a Cuando fui mortal</i>	17

CUENTOS ACEPTADOS

La dimisión de Santiesteban (1975)	23
Gualta (1986)	47
La canción de Lord Rendall (1989)	55
Una noche de amor (1989)	63
Un epigrama de lealtad (1989)	71
Mientras ellas duermen (1990)	79
Lo que dijo el mayordomo (1990)	105
El médico nocturno (1991)	119
La herencia italiana (1991)	129
En el viaje de novios (1991)	133
Prismáticos rotos (1992)	139
Figuras inacabadas (1992)	151
Domingo de carne (1992)	155
Cuando fui mortal (1993)	159
Todo mal vuelve (1994)	173
Menos escrúpulos (1994)	193
Sangre de lanza (1995)	205
En el tiempo indeciso (1995)	251
No más amores (1995)	265
Mala índole (1996)	271
Un sentido de camaradería (2000)	315

Un inmenso favor (2000)	325
Caído en desgracia (2005)	337

CUENTOS ACEPTABLES

La vida y la muerte de Marcelino Iturriaga (1968)	357
El espejo del mártir (1978)	363
Portento, maldición (1978)	387
El viaje de Isaac (1978)	411
El fin de la nobleza nacional (1978)	415
En la corte del rey Jorges (1991)	421
Serán nostalgias (1998)	425

Nota previa a esta edición

Ha pasado mucho tiempo desde que publiqué mis dos únicos libros de cuentos, *Mientras ellas duermen* (1990, con una reedición ampliada en 2000) y *Cuando fui mortal* (1996). El suficiente para que quizá no esté de más reunir aquí sus relatos, con el añadido de los cuatro que, escritos con posterioridad a las fechas iniciales de esas colecciones, andaban hasta ahora perdidos en las hemerotecas —si es que alguien visita aún esos lugares— y en todo caso resultaban difíciles de encontrar para el lector aficionado o curioso. Y dado que en los últimos años he dedicado muy poca energía a los cuentos y no llevo visos de írsela a dedicar tampoco en el futuro cercano, el presente volumen es una buena oportunidad para recuperarlos, sin esperar —tal vez en vano— a reunir los bastantes ‘nuevos’ para componer un tercer libro independiente. Debo decir, en mi leve descargo, que el que da título al conjunto, ‘Mala índole’ —el más largo y acaso el más logrado—, hace mucho que algunos lectores impacientes me piden que lo vuelva a dar a la imprenta, sobre todo tras ver que en otras lenguas sí está disponible, publicado como librito autónomo, y que a él se hacía leve referencia en mi novela más reciente, *Los enamoramientos*. Que vuelva a existir en español —no voy a engañarles— es una de las principales razones para justificar esta recopilación.

Como se puede comprobar en el Índice, he distribuido mis cuentos bajo dos epígrafes: *Cuentos aceptados*, que incluye todos aquellos de los que aún no me avergüenzo, y *Cuentos aceptables*, con aquellos de los que sí me

avergüenzo un poco pero no demasiado. Si he dado el visto bueno a estos últimos ha sido, en parte, para no ofrecer menos piezas de las que contenía la reedición de 2000 de *Mientras ellas duermen*, en la que figuraban todos ellos. Pero, al aparecer ahora agrupados, el lector lo tendrá más fácil si desea saltárselos. No perdería demasiado.

Los textos de los dos apartados suman treinta, y no son todos los que he escrito del género. De hecho, hay un tercer epígrafe que no aparece en el Índice puesto que las piezas correspondientes sí están excluidas, al ser *Cuentos inaceptables*. La mayoría de éstos son prehistóricos, es decir, escritos o publicados hacia 1968 o así, tres años antes de la aparición de mi primera novela, *Los dominios del lobo*. Sé los títulos de casi todos, mientras que el recuerdo de su contenido es muy difuso, por fortuna, y no pienso someterme al bochorno de releer los que conservo: ‘El viejo vasco-andaluz’, con algún eco barojiano; ‘El loco de las lilas’ y ‘La mirada’, sin duda cursis hasta el sonrojo; ‘Los pies en la cara’, influido (pioneramente en España, ya que es en efecto de 1968) por las canciones de Leonard Cohen que escuchaba a todas horas; ‘Gospel, el monstruo feliz’, del que mi primo Ricardo Franco y yo sacamos luego el guión de su primer cortometraje como director, *Gospel*, que ganó un premio en un festival de cine. Y, si no me equivoco, tuve la debilidad de insertar una versión de este cuentecillo en *Los dominios del lobo*. También en esa época hubo uno muy breve sobre un enano homosexual corruptor, cuyo título se me escapa. Se lo dediqué y regalé a un amigo muy *gay* de aquel entonces —aunque más tarde sé que se casó y tuvo hijos—. Mi madre lo leyó por azar y se preocupó un poco, para mi diversión, pues en aquellos tiempos iba ya de novia en novia efímera, como correspondía a mi edad, y más bien penando por ellas, como también correspondía. En este apartado *inaceptable* se encuentra asimismo ‘Contumelias’, que formó parte de

mi libro *El monarca del tiempo* (1978) y que ya desde el título, me temo —no he querido releerlo nunca—, era de una extrema pedantería. Es mejor, se lo aseguro, que ninguno de estos textos vea la luz de nuevo (los que la vieron no fueron todos).

Las procedencias de los veintiséis relatos ya incluidos en *Mientras ellas duermen* y *Cuando fui mortal*, así como —a veces— las circunstancias en que fueron escritos están detalladas en las respectivas *Notas previas* a esas colecciones, que por eso se reproducen a continuación sin variaciones. En lo referente a los cuatro restantes (que aquí se ofrecen revisados, o aun levemente ampliados), esta es su pequeña historia:

‘Mala índole’ apareció en *El País*, por entregas, los días 19, 20, 21, 22, 23 y 24 de agosto de 1996. En 1998 fue objeto de una edición limitada en Plaza y Janés, inencontrable desde hace ya bastantes años.

‘Un sentido de camaradería’ se publicó en *El País Semanal* el 2 de enero de 2000.

‘Un inmenso favor’ apareció en el suplemento *El Semanal* el 24 de septiembre de 2000.

Por último, ‘Caído en desgracia’ fue escrito para ser leído en voz alta en italiano —o quizá fue con subtítulos— en la Basílica de Magencio, de Roma, el 22 de junio de 2005 (no sé bien por qué motivo), y en español vio la luz en *El País Semanal* el 21 de agosto del mismo año.

Nada es nunca seguro, pero, dado lo poco que he frecuentado el noble arte del cuento en los últimos tiempos, es posible que ya no escriba más y que lo que aquí se ofrece acabe siendo la totalidad aceptada y aceptable de mi contribución al género. Me caben escasas dudas de que, si así resultare, no perderá gran cosa dicho género.

J M
Abril de 2012

Nota previa a Mientras ellas duermen

De los diez relatos que componen este volumen, ocho se han publicado con anterioridad, a lo largo de un periodo de quince años y de manera lo bastante dispersa y a veces oscura como para que no esté de más su reunión o recopilación aquí bajo el título del inédito 'Mientras ellas duermen'. Tampoco está de más detallar brevemente cómo y cuándo se publicaron, sobre todo teniendo en cuenta que uno de ellos, 'La canción de Lord Rendall', exige una explicación que lleva implícita la disculpa.

'La dimisión de Santiesteban' apareció en el volumen *Tres cuentos didácticos*, de Félix de Azúa, Javier Marías y Vicente Molina Foix (Editorial La Gaya Ciencia, Barcelona, 1975).

'El espejo del mártir' apareció en mi libro *El monarca del tiempo* (Ediciones Alfaguara, Madrid, 1978).

'Portento, maldición' apareció asimismo en *El monarca del tiempo* (Ediciones Alfaguara, Madrid, 1978).

'El viaje de Isaac' se publicó en la revista *Hiperión*, nº 1, 'Los viajes' (Madrid, primavera de 1978).

'Gualta' apareció en el diario *El País* (Madrid y Barcelona, 25 y 26 de diciembre de 1986).

'La canción de Lord Rendall' se publicó en mi antología *Cuentos únicos* (Ediciones Siruela, Madrid, 1989) de forma apócrifa, es decir, atribuido al escritor inglés James Denham y supuestamente traducido por mí. Por ese motivo incluyo también aquí la nota biográfica que acompañó al cuento que fue de Denham, ya que alguno de los datos

en ella aportados forma parte, tácitamente, del propio relato, que de otro modo estaría incompleto.

‘Una noche de amor’ apareció en *El País Semanal* (Madrid y Barcelona, 13 de agosto de 1989).

‘Un epigrama de lealtad’ se publicó en *Revista de Occidente*, números 98-99 (Madrid, julio-agosto de 1989).

‘Mientras ellas duermen’ y ‘Lo que dijo el mayordomo’, finalmente, se publican aquí por vez primera, y quizá por eso me permito recomendar al lector impaciente que empiece en orden inverso.

Estos diez relatos no son la totalidad de cuantos recuerdo haber escrito, pero sí la mayoría. Algunos me parece aconsejable que aún permanezcan dispersos o en la oscuridad.

J M

Enero de 1990

P.D. *Casi diez años después*

Aún suscribo esa última frase, y algunos de los cuentos que he escrito seguiré manteniéndolos dispersos o en la oscuridad. Pero a esta nueva edición de *Mientras ellas duermen* se incorporan dos de los proscritos entonces y otros dos posteriores, sumando en total catorce. Quizá no haya mucha justificación para ninguno de ellos, seguramente son sólo curiosidades impertinentes para impertinentes curiosos. En todo caso, no harán ningún mal (si acaso a mí). Del mismo modo que hace casi diez años me permití recomendar al lector que empezara con los cuentos de atrás adelante, ahora puedo asegurarle que —si no es curioso ni impertinente— poco perderá si se salta las cuatro nuevas incorporaciones, cuya historia o prehistoria es la siguiente:

‘La vida y la muerte de Marcelino Iturriaga’ se publicó en *El Noticiero Universal* (Barcelona, 19 de abril de 1968). Creo que es el primer texto mío que jamás fue a la imprenta, y fue sin que yo supiera de esa visita con anterioridad. Tenía dieciséis años cuando apareció en aquel simpático diario vespertino barcelonés que ya no existe. Pero veo en el original a máquina que fue escrito el 21 de diciembre de 1965, es decir, cuando contaba sólo catorce años (espero benevolencia). Su mayor curiosidad radica en alguna semejanza con otro relato, quizá aquel del que menos descontento estoy, ‘Cuando fui mortal’, de 1993, incluido en el volumen de ese mismo título.

‘El fin de la nobleza nacional’ apareció en la revista *Hiperión*, nº 2, ‘La carne’ (Madrid, otoño de 1978).

‘En la corte del rey Jorges’ se publicó en la revista *El Europeo*, nº 31 (Madrid, abril de 1991). Más que un cuento, es una propuesta de culebrón, que me fue solicitada, como a otros cuatro autores, por el incansable y saltarín Enrique Murillo, si no recuerdo mal.

‘Serán nostalgias’, por último, se publicó en el libro colectivo *Las voces del espejo* (Publicaciones Espejo, México, 1998). Con la habitual premura que rodea a esta clase de proyectos, se me solicitó un cuento para ese volumen, que, ilustrado por dibujos de niños del Estado de Chiapas, los tendría a ellos como beneficiarios. Tan poco tiempo en verdad se me dio, que sólo acerté a conseguir una adaptación o variación sobre otro cuento ya escrito, ‘No más amores’, de 1995, y asimismo incluido en el volumen *Cuando fui mortal* (Alfaguara, Madrid, 1996). ‘Serán nostalgias’ es el mismo relato en esencia, pero el lugar de su acción y los personajes son mexicanos ahora, en vez de ingleses, y el fantasma que por él transita ya no es el de un joven rústico y sin nombre, sino el de un hombre hecho y derecho, y no anónimo desde luego. Disculpen su

intrusión los lectores severos, y también las incorporadas bromas de esta nueva edición. No puedo evitar confiar en ello.

J M

Diciembre de 1999

Nota previa a Cuando fui mortal

De los doce cuentos que componen este volumen, creo que once fueron hechos por encargo. Esto quiere decir que en esos once no gocé de libertad absoluta, sobre todo en lo que se refirió a la extensión. Tres páginas por aquí, diez por allá, cuarenta y tantas por más allá, las peticiones son muy variadas y uno intenta complacer lo mejor que puede. Sé que en dos de ellos la limitación me fue inconveniente, y por ese motivo se presentan aquí ampliados, con el espacio y el ritmo que —una vez iniciados— les habrían hecho falta. En los demás, incluidos aquellos que cumplían con algún otro capricho ajeno, no tengo la sensación de que el encargo los condicionara apenas, al menos al cabo del tiempo y una vez acostumbrado a que sean como fueron. Uno puede escribir un artículo o un cuento porque se lo encomiendan (no así un libro entero, en mi caso); a veces se le propone hasta el tema, y nada de ello me parece grave si uno logra hacer suyo el proyecto y se divierte escribiéndolo. Es más, sólo concibo escribir algo si me divierto, y sólo puedo divertirme si me intereso. No hace falta añadir que ninguno de estos relatos habría sido escrito sin que yo me interesara por ellos. Y en contra de la cursilería purista que exige para ponerse a la máquina sensaciones tan grandiosas como la ‘necesidad’ o la ‘pulsión’ creadoras, siempre ‘espontáneas’ o muy intensas, no está de más recordar que gran parte de la más sublime producción artística de todos los siglos —sobre todo en pintura y música— fue resultado de encargos o de estímulos aún más prosaicos y serviles.

Dadas las circunstancias, sin embargo, tampoco está de más detallar brevemente cómo y cuándo se publicaron por primera vez estos cuentos y comentar algunas de las imposiciones que acabaron asumiendo y ya les son tan consustanciales como cualquier otro elemento elegido. Se disponen en orden estrictamente cronológico de publicación, que no siempre coincidiría del todo con el de composición.

‘El médico nocturno’ apareció en la revista *Ronda Iberia* (Madrid, junio de 1991).

‘La herencia italiana’ se publicó en el suplemento *Los Libros*, del diario *El Sol* (Madrid, 6 de septiembre de 1991).

‘En el viaje de novios’ apareció en la revista *Balcón* (número especial ‘Frankfurt’, Madrid, octubre de 1991). Este relato coincide en su situación principal y en muchos párrafos con unas cuantas páginas de mi novela *Corazón tan blanco* (1992, Alfaguara, Madrid, 1999). La escena en cuestión prosigue en dicha novela y aquí en cambio se interrumpe, dando lugar a una resolución distinta que es la que convierte el texto en eso, en un cuento. Es una muestra de cómo las mismas páginas pueden no ser las mismas, según enseñó Borges mejor que nadie en su pieza ‘Pierre Menard, autor de *El Quijote*’.

‘Prismáticos rotos’ se publicó en la revista efímera *La Capital* (Madrid, julio de 1992), con la mayor errata que he sufrido en mi vida: no se imprimió mi primera página mecanoscrita, de modo que el cuento apareció incompleto y empezando brutalmente *in medias res*. Parece ser que, pese a todo, aguantó la mutilación. Se me había pedido que el relato fuera ‘madrileño’. La verdad es que no sé muy bien lo que significa eso.

‘Figuras inacabadas’ vio la luz en *El País Semanal* (Madrid y Barcelona, 9 de agosto de 1992). En esta ocasión el encargo era sádico: en tan breve espacio debían aparecer

cinco elementos, que, si mal no recuerdo, eran estos: el mar, una tormenta, un animal... He olvidado los otros dos, buena prueba de que están ya asumidos sin remisión.

‘Domingo de carne’ apareció en *El Correo Español-El Pueblo Vasco* y en el *Diario Vasco* (Bilbao y San Sebastián, 30 de agosto de 1992). En este brevísimo cuento había un requisito: que fuera veraniego, creo yo.

‘Cuando fui mortal’ se publicó en *El País Semanal* (Madrid y Barcelona, 8 de agosto de 1993).

‘Todo mal vuelve’ formó parte del libro *Cuentos europeos* (Editorial Anagrama, Barcelona, 1994). Creo que es lo más autobiográfico que he escrito en mi vida, como fácilmente comprobaría quien leyera además mi artículo ‘La muerte de Aliocha Coll’, incluido en *Pasiones pasadas* (1991, Alfaguara, Madrid, 1999).

‘Menos escúpulos’ apareció en el libro no venal *La condición humana* (FNAC, Madrid, 1994). Este es uno de los dos relatos ampliados para esta edición, en un quince por ciento aproximadamente.

‘Sangre de lanza’ se publicó en el diario *El País* por entregas (27, 28, 29, 30 y 31 de agosto y 1 de septiembre de 1995). El requisito para este relato fue que perteneciera más o menos al género policiaco o de intriga. Es el otro texto aquí ampliado, aproximadamente en un diez por ciento.

‘En el tiempo indeciso’ formó parte del libro *Cuentos de fútbol* (selección y prólogo de Jorge Valdano) (Alfaguara, Madrid, 1995). Aquí, obviamente, el requisito fue que el cuento tuviera eso, fútbol.

‘No más amores’, finalmente, se publica en esta colección por vez primera, si bien la historia que cuenta estaba contenida —comprimida— en mi artículo ‘Fantasmas leídos’, de la recopilación *Literatura y fantasma* (Ediciones Siruela, Madrid, 1993). Allí se atribuía esta historia a un inexistente ‘Lord Rymer’ —de hecho el nom-

bre de un personaje secundario de mi novela *Todas las almas* (1989, Alfaguara, Madrid, 1998), un *warden* o director de *college* oxoniense sumamente borracho—, supuesto experto e investigador de fantasmas reales, si es que estos dos vocablos no se repelen. No me gustaba la idea de que este breve cuento quedara sepultado sólo en medio de un artículo y en forma casi embrionaria, de ahí su mayor desarrollo en esta pieza nueva. Tiene ecos conscientes, deliberados y reconocidos de una película y de otro relato: *The Ghost and Mrs Muir*, de Joseph L Mankiewicz, sobre la que escribí un artículo incluido en mi libro *Vida del fantasma* (El País-Aguilar, Madrid, 1995), y ‘Polly Morgan’, de Alfred Edgar Coppard, que incluí en mi selección *Cuentos únicos* (Ediciones Siruela, 1989). Todo queda en casa, y no se trata de engañar a nadie: por eso el personaje principal de ‘No más amores’ se llama Molly Morgan Muir y no otra cosa.

Estos doce cuentos son posteriores a los de mi otro volumen del género, *Mientras ellas duermen* (1990, Alfaguara, Madrid, 2000). Siguen quedando fuera algunos otros, escritos muy libremente y sin que mediara encargo: me parece aconsejable, sin embargo, que aún permanezcan en la oscuridad o dispersos.

J M

Noviembre de 1995

Cuentos aceptados

Una noche de amor

Mi vida sexual con mi mujer, Marta, es muy insatisfactoria. Mi mujer es poco lasciva y poco imaginativa, no me dice cosas bonitas y bosteza en cuanto me ve galante. Por eso a veces voy de putas. Pero cada vez son más aprensivas y están más caras, y además son rutinarias. Poco entusiastas. Preferiría que mi mujer, Marta, fuera más lasciva e imaginativa y que me bastara con ella. Fui feliz una noche en que me bastó con ella.

Entre las cosas que me legó mi padre al morir, hay un paquete de cartas que todavía despiden un poco de olor a colonia. No creo que el remitente las perfumara, sino más bien que en algún momento de su vida mi padre las guardó cerca de un frasco y éste se derramó sobre ellas. Aún se ve la mancha, y por tanto el olor es sin duda el de la colonia que usaba y no usó mi padre (puesto que se derramó), y no el de la mujer que se las fue mandando. Este olor, además, es el característico de él, que yo conocí muy bien y era invariable y no he olvidado, siempre el mismo durante mi infancia y durante mi adolescencia y durante buena parte de mi juventud, en la que estoy aún instalado o que aún no he abandonado. Por eso, antes de que la edad pudiera inhibir mi interés por estas cosas —lo galante o lo pasional—, decidí mirar el paquete de cartas que me legó y que hasta entonces no había tenido curiosidad por mirar.

Esas cartas las escribió una mujer que se llamaba o aún se llama Mercedes. Utilizaba un papel azulado y tinta negra. Su letra era grande y maternal, de trazo rápido,

como si con ella no aspirara ya a causar impresión, sin duda porque sabía que ya la había causado hasta la eternidad. Pues las cartas están escritas como por alguien que hubiera muerto ya cuando las escribía, se pretenden mensajes de la ultratumba. No puedo por menos de pensar que se trataba de un juego, uno de esos juegos a los que son tan aficionados los niños y los amantes, y que consisten esencialmente en hacerse pasar por quien no se es, o, dicho de otro modo, en darse apelativos ficticios y crearse existencias ficticias, seguramente por el temor (no los niños, pero sí los amantes) de que sus sentimientos demasiado fuertes acaben con ellos si admiten que son ellos, con sus verdaderas existencias y nombres, quienes sufren las experiencias. Es una manera de amortiguar lo más pasional y lo más intenso, hacer como que le pasa a otro, y es también la mejor manera de observarlo, de ser también espectador y darse cuenta de ello. Además de vivirlo, darse cuenta de ello.

Esa mujer que firmaba Mercedes había optado por la ficción de enviarle su amor a mi padre desde después de la muerte, y tan convencida parecía del lugar o momento eterno que ocupaba mientras escribía (o tan segura de la aceptación de aquella convención por parte del destinatario) que poco o nada parecía importarle el hecho de confiar sus sobres al correo ni de que éstos llevaran sellos normales y matasellos de la ciudad de Gijón. Iban fechadas, y lo único que no llevaban era remite, pero esto, en una relación semiclandestina (las cartas pertenecen todas al periodo de viudez de mi padre, pero él jamás me habló de esta pasión tardía), es poco menos que obligado. Tampoco tendría nada de particular la existencia de esta correspondencia a la que ignoro si mi padre contestaría o no por la vía ordinaria, pues nada más frecuente que el sometimiento sexual de los viudos a mujeres intrépidas y fogosas (o desengañadas). Por otra parte, las declaraciones, promesas, exigencias, rememoraciones, vehemencias,

protestas, encendimientos y obscenidades de que se nutren estas cartas (sobre todo de obscenidades) son convencionales y destacan menos por su estilo que por su atrevimiento. Nada de esto tendría nada de particular, digo, si no fuera porque a los pocos días de decidirme a abrir el paquete y pasar mi vista por las hojas azuladas con más ecuanimidad que escándalo, yo mismo recibí una carta de la mujer llamada Mercedes, de la que no puedo añadir que aún vive, puesto que más bien parecía estar muerta desde el principio.

La carta de Mercedes dirigida a mi nombre era muy correcta, no se tomaba confianzas por el hecho de haber tenido intimidad con mi progenitor ni tampoco incurría en la vulgaridad de trasladar su amor por el padre, ahora que éste había muerto, a un enfermizo amor por el hijo, que seguía y sigue vivo y era y soy yo. Con escasa vergüenza por saberme enterado de su relación, se limitaba a exponerme una preocupación y una queja y a reclamar la presencia del amante, quien, en contra de lo prometido tantas y tantas veces, aún no había llegado a su lado seis meses después de su muerte: no se había reunido con ella allí donde habían acordado, o quizá sería mejor decir *cuando*. A su modo de ver, aquello sólo podía deberse a dos posibles causas: a un repentino y postrer desamor en el momento de la expiración que habría hecho incumplir su palabra al difunto, o a que, en contra de lo dispuesto por él, su cuerpo hubiera sido enterrado y no incinerado, lo que —según Mercedes, que lo comentaba con naturalidad— podría, si no imposibilitar, sí dificultar el escatológico encuentro o reencuentro.

Era cierto que mi padre había solicitado su cremación, aunque sin demasiada insistencia (tal vez porque fue sólo al final, con la voluntad minada), y que sin embargo había sido enterrado junto a mi madre, ya que aún quedaba un sitio en el panteón familiar. Marta y yo lo juzgamos más

propio y sensato y más cómodo. La broma me pareció de mal gusto. Arrojé la nueva misiva de Mercedes a la papelera y aún estuve tentado de hacer lo mismo con el paquete antiguo. El nuevo sobre llevaba sellos vigentes y matasellos también de Gijón. No olía a nada. No estaba dispuesto a exhumar los restos para luego prenderles fuego.

La siguiente carta no tardó en llegar, y en ella Mercedes, como si estuviera al tanto de mi reflexión, me suplicaba que incinerara a mi padre, pues no podía seguir viviendo (así decía, seguir viviendo) en aquella incertidumbre. Prefería saber que mi padre había determinado no reunirse finalmente con ella antes que seguir esperándole por toda la eternidad, quizá en vano. Aún me hablaba de usted. No puedo negar que aquella carta me conmovió fugazmente (esto es, *mientras* la leía y no luego), pero el conspicuo matasellos de Asturias era algo demasiado prosaico para que pudiera ver todo aquello como otra cosa que una broma macabra. La segunda carta fue también a la papelera. Mi mujer, Marta, me vio romperla, y preguntó:

—¿Qué es eso que te ha irritado tanto?

—Mi gesto debió de ser violento.

—Nada, nada —dije yo, y cuidé de recoger los pedazos para que no pudiera recomponerla.

Esperaba una tercera carta, y justamente porque la esperaba tardó en llegar más de lo previsto o a mí la espera se me hizo más larga. Era muy distinta de las anteriores y se asemejaba a las que había recibido mi padre durante un tiempo: Mercedes me tuteaba y se me ofrecía en cuerpo, que no en alma. ‘Podrás hacer lo que quieras conmigo’, me decía, ‘cuanto imaginas y cuanto no te atreves a imaginar que puede hacerse con un cuerpo ajeno, con el del otro. Si accedes a mi súplica de desenterrar e incinerar a tu padre, de permitir que se pueda reunir conmigo, no volverás a olvidarme en toda tu vida ni aun en tu muerte, porque te engulliré, y me engullirás.’ Creo que al leer esto por vez pri-

mera me ruboricé, y durante una fracción de segundo cruzó por mi cabeza la idea de viajar a Gijón, para ponerme a tiro (me atrae lo insólito, soy sucio en el sexo). Pero en seguida pensé: 'Qué absurdo. Ni siquiera sé su apellido'. Sin embargo esta tercera carta no fue a la papelería. Aún la escondo.

Fue entonces cuando Marta empezó a cambiar de actitud. No es que de un día para otro se convirtiera en una mujer ardiente y dejara de bostezar, pero fui advirtiendo un mayor interés y curiosidad por mí o por mi cuerpo ya no muy joven, como si intuyera una infidelidad por mi parte y estuviera alerta, o bien la hubiera cometido ella y quisiera averiguar si también conmigo era posible lo recién descubierto.

—Ven aquí —me decía a veces, y ella nunca me había solicitado. O bien hablaba un poco, decía por ejemplo—: Sí, sí, ahora sí.

Aquella tercera carta que prometía tanto me había dejado a la espera de una cuarta aún más que la segunda irritante a la espera de la tercera. Pero esa cuarta no llegaba, y me daba cuenta de que aguardaba el correo diario con cada vez mayor impaciencia. Noté que sentía un vuelco cada vez que un sobre no llevaba remite, y entonces mis ojos iban rápidamente hasta el matasellos, por ver si era de Gijón. Pero nadie escribe nunca desde Gijón.

Pasaron los meses, y el día de Difuntos Marta y yo fuimos a llevar flores a la tumba de mis padres, que es también la de mis abuelos y la de mi hermana.

—No sé qué pasará con nosotros —le dije a Marta mientras respirábamos el aire puro del cementerio sentados en un banco cercano a nuestro panteón. Yo fumaba un cigarrillo y ella se controlaba las uñas estirando los dedos a cierta distancia de sí, como quien impone calma a una multitud—. Quiero decir cuando nos muramos, aquí ya no queda sitio.

—En qué cosas piensas.

Miré a lo lejos para adoptar un aire ensoñado que justificara lo que iba a decir y dije:

—A mí me gustaría ser enterrado. Da una idea de reposo que no da la incineración. Mi padre quiso que lo incineráramos, ¿recuerdas?, y no cumplimos su voluntad. Debimos seguirla, creo yo. A mí me molestaría que no se cumpliera la mía, de ser enterrado. ¿Qué te parece? Deberíamos desenterrarlo. Así, además, habría sitio para mí cuando muera, en el panteón. Tú podrías ir al de tus padres.

—Vámonos de aquí, me estás poniendo enferma.

Echamos a caminar por entre las tumbas, en busca de la salida. Hacía sol. Pero a los diez o doce pasos yo me detuve, miré la brasa de mi cigarrillo y dije:

—¿No crees que deberíamos incinerarlo?

—Haz lo que quieras, pero vámonos ya de aquí.

Arrojé el cigarrillo al suelo y lo sepulté en la tierra, con el zapato.

Marta no estuvo interesada en asistir a la ceremonia, que careció de toda emoción y me tuvo a mí por solo testigo. Los restos de mi padre pasaron de ser vagamente reconocibles en un ataúd a ser irreconocibles en una urna. No pensé que hiciera falta esparcirlos, y además, hacer eso está prohibido.

Al regresar a casa, ya tarde, me sentí deprimido; me senté en el sillón sin quitarme el abrigo ni encender la luz y me quedé allí esperando, musitando, pensando, oyendo la ducha de Marta a lo lejos, quizá reponiéndome de la responsabilidad y el esfuerzo de haber hecho algo que estaba pendiente desde hacía tiempo, de haber cumplido un deseo (un deseo ajeno). Al cabo de un rato, mi mujer, Marta, salió del cuarto de baño con el pelo aún mojado y envuelta en su albornoz, que es rosa pálido. La iluminaba la luz del baño, en el que había vaho. Se sentó en el suelo, a mis pies, y apoyó la cabeza húmeda en mis rodillas. Al cabo de unos segundos yo dije:

—¿No deberías secarte? Me estás mojando el abrigo y el pantalón.

—Te voy a mojar entero —dijo ella, y no llevaba nada debajo del albornoz. Nos iluminaba la luz del baño, a lo lejos.

Aquella noche fui feliz porque mi mujer, Marta, fue lasciva e imaginativa, me dijo cosas bonitas y no bostezó, y me bastó con ella. Eso nunca lo olvidaré. No se ha vuelto a repetir. Fue una noche de amor. No se ha vuelto a repetir.

Unos días después recibí la cuarta carta tanto tiempo esperada. Todavía no me he atrevido a abrirla, y a veces tengo la tentación de romperla sin más, de no leerla jamás. En parte es porque creo saber y temo lo que dirá esa carta, que, a diferencia de las tres que me dirigió Mercedes con anterioridad, tiene olor, huele un poco a colonia, a una colonia que no he olvidado o que conozco bien. No he vuelto a tener una noche de amor, y por eso, porque no se ha vuelto a repetir, tengo a veces la extraña sensación, cuando la rememoro con añoranza e intensidad, de que aquella noche traicioné a mi padre, o de que mi mujer, Marta, me traicionó a mí con él (quizá porque nos dimos apelativos ficticios o nos creamos existencias que no eran las nuestras), aunque no cabe duda de que aquella noche, en la casa, en la oscuridad, sobre el albornoz, sólo estábamos Marta y yo. Como siempre Marta y yo.

No he vuelto a tener una noche de amor ni me ha vuelto a bastar con ella, y por eso también sigo yendo de putas, cada vez más caras y más aprensivas, no sé si probar con los travestidos. Pero todo eso me interesa poco, no me preocupa y es pasajero, aunque haya de durar aún. A veces me sorprendo pensando que en su momento lo más fácil y deseable sería que Marta muriera antes, porque así podría enterrarla en el sitio del panteón que quedó vacante. De este modo no tendría que darle explicaciones sobre mi

cambio de parecer, pues ahora deseo que se me incinere y no se me entierre, en modo alguno que se me entierre. Sin embargo no sé si ganaría algo con eso —me sorprende pensando—, pues mi padre debe de estar ocupando su puesto junto a Mercedes, mi puesto, por toda la eternidad. Una vez incinerado, así pues —me sorprende pensando—, tendría que acabar con mi padre, pero no sé cómo puede acabarse con alguien que ya está muerto. Pienso a veces si esa carta que aún no he abierto no dirá algo distinto de lo que imagino y temo, si no me daría ella la solución, si no me preferirá. Luego pienso: ‘Qué absurdo. Ni siquiera nos hemos visto’. Luego miro la carta y la huelo y le doy vueltas entre mis manos, y al final acabo escondiéndola siempre, sin abrirla aún.

Sobre el autor

Javier Marías (Madrid, 1951) es autor de *Los dominios del lobo*, *Travesía del horizonte*, *El monarca del tiempo*, *El siglo*, *El hombre sentimental* (Premio Ennio Flaiano), *Todas las almas* (Premio Ciudad de Barcelona), *Corazón tan blanco* (Premio de la Crítica, Prix l'Oeil et la Lettre, IMPAC Dublin Literary Award), *Mañana en la batalla piensa en mí* (Premio Fastenrath, Premio Rómulo Gallegos, Prix Femina Étranger, Premio Mondello di Palermo), *Negra espalda del tiempo*, de los tres volúmenes de *Tu rostro mañana: 1 Fiebre y lanza* (Premio Salambó), *2 Baile y sueño*, *3 Veneno y sombra y adiós*, y de *Los enamoramientos* (Premio Qué Leer); de las semblanzas *Vidas escritas* y *Miramientos*; de relatos y de la antología *Cuentos únicos*; de sendos homenajes a Faulkner y Nabokov y de diecisiete colecciones de artículos y ensayos. En 1997 recibió el Premio Nelly Sachs, en Dortmund; en 1998 el Premio Comunidad de Madrid; en 2000 los Premios Grinzane Cavour, en Turín, y Alberto Moravia, en Roma; en 2008 los Premios Alessio, en Turín, y José Donoso, en Chile; en 2010 The America Award en los Estados Unidos; en 2011 el Premio Nonino, en Udine, y el Premio de Literatura Europea de Austria, y en 2012 el Premio Terenci Moix, todos ellos por el conjunto de su obra. Entre sus traducciones destaca *Tristram Shandy* (Premio Nacional de Traducción 1979). Fue profesor en la Universidad de Oxford y en la Complutense de Madrid. Sus obras se han publicado en cuarenta y dos lenguas y en cincuenta y dos países, con seis millones y medio de ejemplares vendidos. Es miembro de la Real Academia Española.